

TEOLOGÍA Y CONTEXTO EPOCAL: UNA MIRADA RECÍPROCA*

RESUMEN

En el comienzo del Ciclo Lectivo 2010, el autor ofreció esta conferencia acerca de la teología en el contexto del cambio epocal, que la desafía en su particular función de interpretación y discernimiento, en su idoneidad para procesar el sentido y para introducir lo simbólico como nuevo paradigma. En este contexto, propuso la interdisciplinariedad en la Facultad de Teología y la Universidad como una oportunidad para reflexionar la propia fe pensando en el otro.

Palabras clave: teología, cambio epocal, sentido, interdisciplina.

ABSTRACT

At the beginning of the Academic year of 2010, the author gave this lecture on "Theology in the context of epochal change". This epochal shift challenges theology in its role of interpretation and discernment and its suitability to process meaning and introduce the symbolic dimension as a new paradigm. In this context, the author proposed interdisciplinarity in the Faculty of Theology and the University as a means of thinking on one's own faith in relation to the others.

Keywords: Theology, Epochal Change, Meaning, Interdisciplinarity.

1. Deseo compartir con ustedes una breve reflexión acerca de la teología y el contexto histórico, o epocal, en el que nos es dado estudiarla y practicarla. Pero comenzaré remontándome a la época en la que empezaba mis estudios en esta Facultad, es decir, hace ya más de treinta años.

* Discurso en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina en la apertura del Año académico 2010.

Al inaugurar el ciclo lectivo, el entonces decano, Mons. Carmelo Giaquinta, nos dijo algo que en ese momento me impresionó mucho y que aún hoy me sigue pareciendo válido. La idea central que nos transmitió entonces fue la de que “en un mundo que camina hacia la irracionalidad, la misión de la Iglesia consistirá en enseñarle al hombre a pensar”. Palabras proféticas que, a mi juicio, parecen verificarse hoy con una gravedad nueva, propia del cambio epocal que atraviesa el mundo.

Podemos y debemos, como teólogos, aproximarnos a ese clima propio de nuestra época. Según Claude Geffré,

“el mundo actual no tiene necesidad sólo de testigos y profetas, sino también de aquellos que, en la Iglesia y en la sociedad contemporánea, tienen la tarea de practicar un discernimiento con respecto a los acontecimientos –a la vez acontecimientos históricos pero también acontecimientos del pensamiento– y las experiencias de la Iglesia. Pienso que la teología –continúa diciendo Geffré– no es simplemente la inteligencia de la fe en el sentido en que la fe implica un cierto contenido doctrinal. La teología es también una inteligencia, una interpretación, de la fe vivida (...). Y lo que se busca es siempre, en el fondo, la manera en la que la Palabra de Dios, el mensaje de Cristo, pueden ser actualizados para el hombre de hoy, no simplemente para el de ayer, sino verdaderamente para el hombre de hoy”.¹

Entrando en esa práctica teológica de discernimiento, hasta donde me es posible realizarla, advierto que varias interpretaciones –diversas entre sí– del momento actual del mundo convergen en un punto doliente, el de percibir muy cercano un riesgo inconmensurable, para algunos un abismo (Morin), y que, con palabras de un pensador argentino, Enrique Valiente Noailles, se puede caracterizar como

“época de errancia, incertidumbre y penuria espiritual (...) sucede como si el hombre (contemporáneo) hubiese perdido la versión original de sí mismo. Ante ello, tiene la tentación de obturar la falta, de llenar el vacío de manera artificial, de lanzarse a generar un sustituto artificial de la especie por imposibilidad de metabolizar metafísicamente la época.”

Se trataría de “una tendencia, ante lo que angustia y lo que no comprendemos, (...) a cerrar apresuradamente la pregunta. Paradójicamente, el riesgo de la época no está en la incertidumbre, sino en su acelerada supresión.”²

1. C. GEFFRÉ, *Le travail des théologiens*, entrevista hecha por *Theologia.fr*.

2. E. VALIENTE NOAILLES, “¿Hacia una poshumanidad?”, en *La Nación*, 27 de diciembre 2009.

Aquí se manifiesta esa gravedad nueva a la que hice recién referencia al evocar las palabras de Mons. Giaquinta, las que podríamos actualizar diciendo que la irracionalidad que parece caracterizar el mundo actual tendría que ver con ese apuro, con esa “pulsión extrema” por eliminar lo más rápido posible la incertidumbre, aunque el precio a pagar sea el de la sustitución de lo verdaderamente humano por una copia artificial, buscando una certeza apresurada que obtura la interrogación profunda y empobrece o anula un verdadero proceso pensante. Por eso concluye este autor diciendo: “Parece que lo que definirá el destino de la especie (humana) en las próximas décadas es el modo que encuentre el hombre para procesar la evaporación del sentido que se produjo en buena parte del siglo XX”.

Si la teología, tal como nos lo recordaba el año pasado en su discurso el Padre Fernández, es comunicativa por su propia naturaleza, es decir, misionera, entonces el teólogo no puede dejar de prestar atención a lo que vive el destinatario de su reflexión, el hombre contemporáneo. Es a él, siguiendo la idea de Mons. Giaquinta, a quien la teología puede y debe prestar hoy un servicio de pensamiento, en el sentido de ayudarlo a procesar la cuestión del sentido, a no cerrar apresuradamente las interrogaciones que nos preocupan y angustian, a darles el tiempo necesario —el mediano y el largo plazo— para su maduración metafísica, y así no desertar de nuestra humanidad en una evasiva “transfiguración digital de la naturaleza” y de nosotros mismos. Es la concreta humanidad del hombre lo que está en juego, allí está la gravedad nueva de la cuestión contemporánea. Allí está la cuestión mayor que la teología puede ayudar a pensar.

En este sentido resulta muy interesante escuchar lo que dice Ghislain Lafont en su último libro, intitulado *¿Qué nos está permitido esperar?*³ Allí plantea su convicción de que estamos asistiendo a la muerte de una civilización fundada sobre el primado del saber, en la que el valor supremo era el de la verdad. El mundo occidental que se inició con los filósofos presocráticos y que se ha mantenido durante veinticinco siglos, a pesar de las maravillas logradas en el plano del conocer y del hacer, ese mundo, según Lafont, está llegando a su fin y el hecho nos enfrenta a cuestiones de vital importancia. Todo “parecería desembocar hoy en la desaparición del hombre, al menos en la

3. G. LAFONT, *Que nous est-il permis d'espérer*, Paris, Cerf, 2009.

forma que éste ha tenido hasta hoy. Que se acepte esta eventualidad o que se rechace, ella señala un giro epocal. El remedio, si es que lo hay y si es que hace falta, ¿estará –se pregunta Lafont– en una suerte de reinyección (...) de humilde humanidad?”.⁴ Quisiera retener esta última expresión: “humilde humanidad”, en la que parece encerrarse la clave del problema.

Agrega Lafont: “La hipótesis, compartida por muchos y que yo también asumo es que la época presente nos invita a reintroducir lo simbólico, es decir el primado del vínculo en la estructura y la vida de lo real, en el deseo y en el saber del hombre”.

Tal es entonces la hipótesis central de su libro. No propone “cambiar de paradigma” sino introducir otro paradigma para integrar en él los anteriores, los de la primacía de la verdad, del saber y del hacer. Este otro paradigma tiene que ver con una convicción relativa a la humanidad del hombre, a saber, la de que existe algo “propio del hombre”, que no se ubica en el nivel del saber ni en el del hacer, sino en el de la palabra como acontecimiento de relación. Cito: “El nuevo paradigma que yo querría introducir es (...) la palabra, pero no considerada en su contenido, en lo que se dice, que queda inmediatamente regido por el saber y la verdad, sino [por la palabra] en su acto vivido cuyo primer efecto es poner en relación (...) el acontecimiento de palabra que provoca a la relación”.⁵ Sólo después advienen el saber y la verdad. “La palabra dirigida y respondida inaugura un orden simbólico, es decir, una comunicación. Cronológica y filosóficamente la palabra adviene antes que el saber y hace advenir el saber”, dice Lafont. En el principio, la palabra es comunicación, es relación, es escucha. Se trata del “hombre simbólico”,

“el que intenta vivir, y luego decir, si puede, el misterio de su nacimiento y de su muerte. Allí está el origen del símbolo, ya que la inteligencia de ese misterio escapa a la racionalidad. Esto es verdad para el individuo y para la comunidad. Es necesario escuchar el relato del nacimiento y esperar la vida después de la muerte: en los dos casos, eso da lugar a signos, liturgias y fiestas”.⁶

Y agrega Lafont que no deberíamos olvidar la lección del Concilio Vaticano II el cual, providencialmente, comenzó su reflexión con una

4. LAFONT, *o.c.*, 228-229.

5. LAFONT, *o.c.*, 232.

6. LAFONT, *o.c.*, 317.

meditación sobre la liturgia, lugar del símbolo cristiano, y luego, en un segundo momento, presentó la Revelación, no ante todo como un cuerpo doctrinal sino como la historia de la Invocación que Dios no deja de dirigir al hombre.

2. A partir de estas ideas quisiera sacar algunas conclusiones.

2.1. Si la teología, en este contexto, quiere ofrecer un servicio de pensamiento a una humanidad que parece atravesar una crisis sin precedentes, y que lo hace en la errancia, la incertidumbre y la penuria espiritual, entonces la teología podría hacerlo como servidora de ese “nuevo paradigma” entrando en un dinamismo de comunión, relacional, que ayude a pensar de otro modo, concretamente, a pensar con el otro, junto a otros, es decir, a pensar en diálogo, interdisciplinariamente, desde lo que ella es propiamente como ciencia de Dios.

Entonces la interdisciplinariedad no será un agregado a la experiencia teológica, sino un nombre concreto de su dimensión misionera: reflexionar la propia fe pensando en el otro, dialogando con los otros, para finalmente comunicar la Buena Nueva de la Pascua con un pensamiento y un lenguaje que estén a la altura de la gravedad de las cuestiones que verdaderamente interesan al hombre contemporáneo; recordando además que el mundo actual “no necesita inquisidores que lo condenen, sino exploradores que lo comprendan” (Jacquemont). Según Geffré,

“la tarea del teólogo es cada vez más difícil, porque, en cierto sentido, es un hombre orquesta (...). Debe estar siempre en el cruce y el encuentro de un cierto número de saberes (...). Pienso que no se puede ser un buen teólogo cuando se es únicamente un experto en el orden del saber propiamente eclesial. Es necesario ser también, si no un experto, al menos una persona informada de los diversos saberes a la vez en el ámbito de las ciencias humanas e incluso de las ciencias exactas y también en el de la investigación filosófica”.⁷

No se trata simplemente de erudición o de información, sino de algo mucho más profundo, que expresó admirablemente el director de orquesta Bruno Walter, uno de los más respetados referentes de la

7. GEFFRÉ, *Le travail...*

interpretación musical en el siglo XX. Sus palabras pueden ser aprovechadas no sólo por músicos sino también por teólogos:

“alguien que no es más que músico, es medio músico. La idea de crecer, el esfuerzo por desarrollarse, debe abrazar la totalidad del hombre interior y no sólo a sus dones musicales; la copa del árbol de su vida, la musicalidad, se extenderá y crecerá en la proporción en que hunda sus raíces, firme y ampliamente, en la tierra de la humanidad universal”.⁸

Afortunadamente, en esta sinfónica tarea interdisciplinar, nuestra Facultad ha comenzado a recorrer un promisorio camino a través de la formación de varios grupos de investigación. De acuerdo al informe elaborado por el Profesor Marcelo González acerca de la Primera Reunión Inter-grupos de Investigación que tuvo lugar en octubre del año pasado en esta facultad, “se verifica una convergencia en cuanto a la búsqueda y la expresión de interdisciplinariedad. A veces más lograda y a veces sólo *in fieri*. Existe una convicción subyacente respecto de una teología que se deja interpelar por un factor «externo» a ella misma. El perfil de los grupos implica escuchar metodologías y tradiciones muy distintas a las de la propia disciplina”.

Como lo decía ese gran teólogo, fallecido hace pocos años, Adolphe Gesché, sin esta interpelación proveniente de la alteridad –por ejemplo, la que pueden representar otras disciplinas– la teología correría graves riesgos. En su libro *El sentido* afirma:

“La vida misma se encuentra interesada en que existan una religión y una fe abiertas de un modo especial a la alteridad, para estar presentes de hecho en la sociedad y para suscitar una esperanza verdadera y no tiránica. Esto es exactamente lo que hoy se pide (...). A este precio, el de la apertura a la alteridad, la esperanza cristiana puede defender su derecho a hacerse oír en los debates con otras corrientes de pensamiento y de sensibilidad, en las que una teología liberada de estrechamientos radicales podría encontrar la palabra que puede decir en la ciudad, si asume la condición de aliarse de modo deliberado con otros que se muestran también interesados por las grandes cuestiones. Porque se trata ahora de tener en cuenta, todos juntos, la complejidad de lo real (...). Hay una obra común que emprender. (...). Se trata más bien de buscar juntos, con los recursos que aportan los unos y los otros. Se trata de abrirse hacia aquello que existe de más grande y más amplio y que, como el Espíritu, se encuentra a menudo allí

8. B. WALTER, *Of Music and Music-making*, W.W.Norton & Company, Inc., New York 1961, 106-107.

donde no se lo espera (Cf. Jn 3,8) (...). En nuestra modernidad, la fe cristiana tiene necesidad de controversia para no volverse afónica. Aceptar el diálogo y la contestación –siempre que no se trate de puro interés o deserción– significa en sí mismo buscar su propia verdad, que no puede abrirse en el narcisismo, en la repetición, en la autocitación perpetua. ¡No es bueno que el cristiano esté solo!⁹

Resulta estimulante saber que en nuestra Facultad de teología se hace presente esta benéfica apertura a lo “externo”, a lo diverso.

También se puede leer en dicho informe del profesor González que

“la investigación puede ser un puente de primera importancia en la relación entre la facultad de teología y la Universidad Católica en general. Es posible que estemos ante la posibilidad de un canal estable, firme y representativo de diálogo. Se abren diversos caminos:

- Entrar en contacto con disciplinas y especialistas a los que se puede consultar.
- Aprovechar las investigaciones, congresos y visitas de especialistas extranjeros promovidas por la UCA.
- Sumarse a la red general de investigación de la universidad.
- Ver la posibilidad de integrar en los grupos de investigación a miembros de otras instancias de la Universidad Católica.”

También esto resulta sumamente esperanzador, y ayudará también sin duda a renovar el papel de la teología dentro del concierto de disciplinas que se dictan en las diversas carreras de nuestra universidad. El planteo hecho por Juan Pablo II en *Ex Corde Ecclesiae* N.19 sigue siendo actual para nosotros. Dice allí:

“La teología desempeña un papel particularmente importante en la búsqueda de una síntesis del saber, como también en el diálogo entre fe y razón. Ella presta, además, una ayuda a todas las otras disciplinas en su búsqueda de significado, no sólo ayudándolas a examinar de qué modo sus descubrimientos influyen sobre las personas y la sociedad, sino dándoles también una perspectiva y una orientación que no están contenidas en sus metodologías.” (ECE 19)

Pero a su vez, este encuentro y este servicio redundan en un beneficio no menor para la propia teología: “la interacción con estas otras disciplinas enriquece a la teología, proporcionándole una mejor comprensión del mundo de hoy y haciendo que la investigación teológica se adapte mejor a las exigencias actuales”.

9. A. GESCHÉ, *El sentido*, Sígueme 2004, 152-154.

En otro pasaje del Informe se dice que “Varios de los grupos se han visto confrontados por temas tales como cultura, procesos culturales, experiencia, sujetos. En todos los casos se observa un claro impacto de la realidad sobre las motivaciones y métodos de investigación. Se camina hacia una reflexión inculturada.”

Al respecto, recuerdo las reflexiones que hiciera hace pocos días Piero Coda, presidente de la Asociación teológica italiana:

“Existe hoy un (...) reclamo, dirigido a los creyentes, de una mayor radicalidad no sólo existencial sino también cultural. La cultura cristiana se encuentra en un momento crucial: o vuelve a fundarse a partir del acontecimiento de Jesucristo muerto y resucitado, viviente en la historia, o decae y queda marginada (...). Debemos encontrar nuevos lenguajes, argumentos y conceptualizaciones para nuestros interlocutores (...). No se puede decir a Dios sin el otro. No puedo hablar acerca de Dios sin que aquel a quien me dirijo determine mi decir. Soy llamado a escuchar el silencio, la palabra y el grito del otro. Debo acoger lo que él me dice, también su crítica. Esta actitud tiene un fundamento teológico: el Dios de Jesús dice su Palabra al hombre hasta el punto de hacerse hombre, incluso grito del hombre.”¹⁰

A partir de ideas como éstas, en las que convergen iniciativas de nuestros profesores e inquietudes de importantes pensadores actuales, y a manera de formulación de un deseo, me pregunto si no será posible imaginar, en nuestra facultad y en la universidad, formas nuevas de encuentro y de diálogo entre profesores de diversas disciplinas, entre profesores y alumnos, ya que la universidad es el lugar privilegiado para la conversación cordial e inteligente. Priorizando ese paradigma de la palabra generadora de comunión y relación, y evitando estériles formalidades académicas, buscar juntos la manera de conversar más y mejor, cultivando un diálogo sereno y plural, en el que cada uno aporte, en un clima de libertad, de respeto y de humildad, su propio grano de arena en la construcción de una experiencia enriquecedora cuyo objetivo último es el de generar un mejor servicio de la Universidad ante los graves problemas de la sociedad contemporánea. Ayudar a pensar en profundidad haciendo uno mismo –con otros– el esfuerzo por entrar en dicho pensamiento profundo a través de la conversación y el diálogo.

10. Entrevista publicada en *Avvenire*, 29 de enero 2010.

2.2. Una segunda conclusión. Considero que, dentro de ese sinfonismo o consonancia interdisciplinar, un lugar especial le corresponde al diálogo entre nuestra Facultad y la Facultad de Filosofía. Ya son múltiples los lazos que nos unen, incluyendo tareas que realizamos en común. Pero manteniéndome ahora en el registro que he elegido para esta reflexión, y retomando la propuesta del P. Lafont, ¿cómo no percibir, en ese nuevo paradigma en el que la palabra-relación debería primar sobre la palabra-contenido, como no percibir –insisto– las posibilidades de diálogo que se abren con la Filosofía, especialmente a través de la persona de su actual decano, el Dr. Corona?

Habiendo tenido el privilegio de trabajar y de pensar junto a él a lo largo de casi diez años, me atrevo a afirmar que el pensamiento filosófico del Dr. Corona, de una riqueza poco común, puede ser providencialmente apropiado para llevar adelante esa tarea de pensar en pos de un renovado paradigma en cuyo eje se ubica, según Lafont, el “hombre simbólico”, el hombre vinculado, el hombre habitado por el deseo de comunión.

Cito, como mero ejemplo, uno entre muchos textos escritos por el Dr. Corona:

“Una filosofía que parte de las obras de la cultura, en las que preconceptualmente y aún prelingüísticamente se le muestra al hombre el sentido, esto es, la “naturalidad” y la orientación de su vida, y que alza todo ello al inevitable –y siempre insuficiente– discurso conceptual-existencial radical, es una filosofía que lleva el calificativo de hermenéutica (...). Pero las obras de la cultura, que hablan del hombre y aún de aquello que es más que humano, sólo liberan su significación allí donde, entre ellas, se da la palabra y, conforme con el lugar en el que estamos ahora ubicados, la palabra prefilosófica, y singularmente la palabra poética, esto es, la que muestra la realidad de las posibilidades humanas supremas (...). Esta palabra, que “hace” todo símbolo, es la más originaria y así el fondo inacabable de significación desde el que se despliega la filosofía y a la que la filosofía ha de volver siempre si no ha de perder sentido. Allí está la raíz, precisamente, de la insatisfacción de toda respuesta filosófica (...) porque tal palabra religiosa es, entre todas las palabras, la más radical y abarcadora. (...). ¿No bebe toda literatura esencial, finalmente, a sabiendas o no, afirmando o rechazando, en la fuente de los textos de las grandes tradiciones religiosas? En este siglo XXI se ha de hablar del Dios cristiano (...) con la palabra poética del hombre de fe, cuyo primer testimonio se halla en la Escritura. Pero también (...) con toda palabra creyente poética; y aún (...) con toda palabra poética esencial, incluso no creyente. Todas palabras anteriores “por naturaleza” a la palabra filosófica. A esa palabra más originaria, dada de diversas maneras –y que es experiencia–, ha de volver

siempre, como a su fuente de sentido, la inevitable palabra filosófica, de pureza conceptual (...). Y allí ha de volver también toda teología.”¹¹

2.3. Desde esta última afirmación del Dr. Corona concluyó con una doble reflexión acerca de la teología en el actual contexto epocal. La primera tiene una forma interrogativa. Me pregunto ¿no nos estará invitando este nuevo paradigma a retomar “*ad intra*” de nuestra Facultad el diálogo entre la *fides qua* y la *fides quae*, o, si se prefiere, entre la Teología Moral y la Teología Dogmática? Podríamos tal vez repensar, de manera nueva, su articulación.

La segunda reflexión la hago pensando sobre todo en los alumnos de esta facultad, prolongando conceptos que el año pasado nos transmitiera el actual rector. Pienso que si la teología quiere asumir creativamente el nuevo paradigma sugerido por Lafont, entonces ella –la teología– está llamada a ser una teología teologal. Es decir que, si por una parte, ella debe estar, en cuanto ciencia, habitada por el anhelo de un pensar riguroso, también debe estar inspirada mística o poéticamente, para dejar resonar en ella y dejar pasar a través de ella el eco del Poema original, el de la Bella y Buena Nueva del Dios-Alianza, de su inquebrantable fidelidad y de su inagotable misericordia.

Ambos aspectos –el de la ciencia y el de la experiencia contemplativo-poético-teologal– deberían darse siempre unidos, aunque por cierto se acentúen en el aprendizaje y en el estudio los momentos de análisis y reflexión que harán pasar a un primer plano el aspecto ascético, esforzado y hasta crucificante del saber teológico. Pero siempre, detrás de este inevitable esfuerzo, acompañándolo y sosteniéndolo, debería manifestarse, ya desde ahora, algo de la alegría y la belleza de eso mismo –de Ese mismo– al que estamos intentando servir con nuestro estudio, como también algo de la alegría de querer comunicar a otros –a través de un pensamiento lúcido y de un lenguaje accesible, ambos preñados de experiencia– esa Verdad que hemos asimilado vital e inteligentemente. Ya que la teología es, en buena medida, visitar con la inteligencia la cuestión de Dios.

Queridos alumnos, como ustedes saben bien, la teología no es sólo discurso o palabra acerca de Dios, sino también palabra de Dios –dicha por Dios–, y palabra dirigida a Dios. Los dos últimos aspectos

11. N. CORONA, “Hablar de Dios hoy”, *Consonancias* 23 (2008) 24-26.

subrayan el aspecto teologal de la teología mientras que el primero señala mejor su carácter de saber y de ciencia.

Ante todo, la teología es palabra o discurso acerca de Dios. Al respecto, afirma Olegario G. de Cardedal, en su Prólogo al libro de Mons. Ferrara:

“Desde siempre hemos sabido lo que en el siglo pasado formulaba el iniciador de la teología dialéctica en estos términos: ‘Como teólogos debemos hablar de Dios, pero somos hombres y, como tales, no podemos hablar de Dios’. Tener que hablar y no poder hablar –agrega Cardedal– nos llevan al extremo de intentarlo una y otra vez, en espera de que Dios mismo subvenga a nuestra debilidad.”¹²

Por eso el hablar acerca de Dios desemboca necesariamente en la teología en cuanto eco de la palabra *de* Dios, dicha por Dios. Dice Cardedal:

“Dios ha hablado primero. La teología, como momento segundo sólo puede nacer de la atención, audición, obaudición u obediencia ante el Dios que habla (...). El teólogo recoge y repiensa la palabra que Dios nos dijo una vez y de una vez para siempre en su Hijo; esa misma que nos inspira en su perenne novedad creadora por su Espíritu Santo”.¹³

En este mismo sentido afirma el padre Michel Messier:

“Sólo Dios, efectivamente, habla bien de Dios. Todo otro discurso acerca de Él es secundario, imperfecto, porque dice imperfectamente lo que ha sido dicho perfectamente, de una vez para siempre. En este sentido el primer teólogo o teólogo original es el Padre, y su teología es el Hijo, el Hijo encarnado que, a través de su existencia humana –encarnada, crucificada, resucitada– es la exégesis, el discurso del Padre dirigido al mundo”.¹⁴

Decía Juan XXIII: “No es el Evangelio lo que cambia, somos nosotros los que comenzamos a entenderlo mejor”. Y comenta Lafont: “Admirable idea, profecía maravillosa: estamos aún en el inicio de nuestra comprensión del Evangelio”.¹⁵ Así es: estamos aún en el inicio

12. O. GONZALEZ DE CARDEDAL, en: R. FERRARA, *El misterio de Dios. Correspondencias y paradojas*, Salamanca, Sígueme, 2005, 9.

13. CARDEDAL, o.c., 12.

14. M. MESSIER, texto inédito. Las otras citas de este teólogo provienen de la misma fuente.

15. LAFONT, o.c., 13.

de nuestra comprensión del Evangelio, y siempre lo estaremos. En el *Deus semper maior* hay infinitos secretos de belleza, de amor, de ternura que aún no hemos descubierto, que aún no ha explorado a fondo la teología. Y a la vez todos esos secretos, todos esos caminos aún no recorridos, todos ellos están en Jesucristo, “el mismo ayer, hoy y para siempre” (Heb 13,8). Queridos alumnos: aprendamos a mantener unidos, en amorosa tensión, esos dos aspectos de la teología: el de la novedad del Dios siempre mayor y el de su revelación plena en Jesucristo, “el mismo ayer y hoy y para siempre”. Así habitaremos en la verdadera novedad, la de Jesús, explorada por el profesor Söding en su reciente tesis de doctorado.¹⁶ Y evitaremos tanto la superficialidad de una búsqueda de novedades de moda, como la idea falsa de que en la teología todo estaría ya dicho y que no nos quedaría más que repetir una letra privada de espíritu y de novedad. La teología no es repetición, sino siempre profundización, aún en la repetición. Porque la fe, como nos enseñaba Mons. Briancesco, es una inmensa invitación a pensar. Sí, a pensar la siempre mayor Bondad, Belleza y Verdad de Dios que resplandecen en el mismo y único Rostro, el del hombre-Dios, que es el primogénito de muchos hermanos. Aprendamos entonces a “llevar la novedad de los frutos a través de la veneración de las raíces” (F. Hadjhadj).

Por último, la teología como palabra dirigida a Dios.

“Ya que –afirma el P. Messier– si Dios habla al mundo, y si el mundo puede entonces hablar acerca de Dios, es para mejor poder hablarle a Dios: la verdadera teología, que tiene su fuente en la escucha y la oración, encuentra también su realización plena en la alabanza y la celebración. ¿Acaso no era así para Jesús, que se retiraba de noche para dialogar con el Padre? ¿Acaso no es así para el resucitado, que vive para siempre en la casa del Padre, escuchándolo y alabándolo, como lo hace eternamente en cuanto Hijo? Él no es solamente Palabra del Padre y acerca del Padre, sino también Palabra al Padre: triple manera para Él de ser teólogo y de asemejarse al Espíritu, que dice al Padre lo que el Padre le ha dicho, a saber, su Hijo”.

Y nuevamente G. de Cardedal:

“Hay que distinguir y conjugar el hablar a Dios, el hablar desde Dios, el hablar con Dios y el hablar sobre Dios. De él han hablado los profetas, sobre

16. G. SÖDING, *La novedad de Jesús*.

él han pensado los filósofos, desde él han vivido los místicos, en favor de él han testimoniado los mártires, en espera de él han aguardado los monjes y ante él han vivido los creyentes (...). Esa admirable sinfonía que no cesa es la que el teólogo tiene que oír, recoger y repensar para que cada nueva generación pueda escuchar e integrarse activamente en ella”.¹⁷

Profetas, filósofos, místicos, mártires, monjes, poetas, creyentes... todos ellos quieren habitar, en diversa medida, y según el talante que nos ha sido dado a cada uno, en el corazón y en la mente de todos nosotros, estudiantes y profesores de la Facultad de teología. Entonces la teología será en nosotros hermosa experiencia vivida. Porque “la teología tiene una dimensión auto-implicativa. Estudiar teología no consiste simplemente en adquirir informaciones, sino más bien, en ese movimiento en el que adquirimos informaciones, dejarnos transformar por el estudio que emprendemos, por la realidad que descubrimos”.¹⁸

FERNANDO ORTEGA
20.02.10/27.05.10

17. CARDEDAL, *o.c.*, 11.

18. H. J. GAGEY, (Doyen Fac.Théologie à l'ICP), *La théologie à la portée de tous*, entrevista hecha por *Theologia.fr*.